

Dos tardes para leer juntos

por Sergio del Molino

Editor invitado
de la colección Dos tardes
en Alianza

Dos tardes no bastan para conocer a una persona. Dos tardes no bastan para leer a un escritor. Pero dos tardes sobran para enamorarse. Dos tardes sobran para que las amistades echen a andar. Esta nueva colección de Alianza reivindica la profundidad que se esconde en la ligereza de dos tardes. Ese es el tiempo medio que los lectores pasarán con estos libros. La esperanza de sus autores —y la mía, padrino del invento— es que estas dos tardes sean solo las primeras que los lectores pasen en compañía del escritor objeto de cada título. El propósito es que se contagien del entusiasmo de quienes los recomiendan y se sumerjan en su obra.

Hemos invitado a algunos de los mejores escritores contemporáneos en español a que compartan su pasión por un autor clásico incluido en la Biblioteca de autor de El libro de bolsillo de Alianza Editorial. No hay aquí lecciones magistrales ni monografías de especialista, sino entusiasmo genuino de escritor a escritor. Grandes maestros de ayer contemplados con los ojos de los maestros de hoy.

La literatura, placer solitario e íntimo tanto para quien escribe como para quien lee, no ofrece muchas ocasiones para socializar los entusiasmos. Con esta colección queremos llevar las grandes conversaciones literarias a las manos de todos los lectores. Y pasar juntos dos tardes que no olvidarán.



Ignacio Martínez de Pisón

Dos tardes con Benito Pérez Galdós



Alianza editorial
El libro de bolsillo

2 dos
tardes

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Ignacio Martínez de Pisón, 2026
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-065-4
Depósito legal: M-20937-2025
Printed in Spain

Índice

Uno.....	9
Dos.....	13
Tres.....	25
Cuatro	39
Cinco	45
Seis	51
Siete.....	55
Ocho	72
Nueve.....	75
Diez.....	82
Bibliografía básica	93
Obra narrativa de Benito Pérez Galdós.....	95

Uno

La principal impulsora del Museo del Prado fue María Isabel de Braganza. Un retrato de Bernardo López Piquer pintado en 1829 la muestra supervisando la colocación de diferentes cuadros en el entonces llamado Museo Real de Pintura y Escultura. La escena es poco verosímil porque la reina había muerto en 1818, un año antes de la inauguración del propio museo. María Isabel de Braganza fue la segunda de las cuatro mujeres de Fernando VII. Seguramente, el Prado es la única gran aportación de un monarca que, muy justamente, ha pasado a la historia como el Rey Felón.

La presencia de Fernando VII entre las obras expuestas en el museo es bastante limitada: un retrato a caballo, un busto en mármol y el famoso retrato con manto real pintado por Goya en 1814. Por supuesto, aparece también como Príncipe de Asturias entre los miembros

de la familia real retratados por Goya en 1800. Entre esos dos cuadros de Goya median catorce años. Si en el cuadro más antiguo Fernando es un adolescente de expresión melancólica al que su hermano Carlos María Isidro abraza cariñosamente por la cintura, en el más reciente, repuesto en el trono como rey absoluto tras la derrota de las tropas napoleónicas, se nos presenta revestido con todos los símbolos de la majestad y el poder.

En las descripciones que hace de él en la segunda serie de los *Episodios nacionales*, Benito Pérez Galdós se recrea en su proverbial fealdad. En *Memorias de un cortesano de 1815* destaca entre sus rasgos una nariz «desenfrenadamente grande, corva y caída, una especie de voluptuosidad, una crápula de nariz» y un «labio inferior que avanzaba hacia fuera» y se aproximaba a su propia caricatura. En *Los apostólicos* vuelve Galdós a hablar de esa nariz, que «se había agrandado, impaciente de juntarse al labio bello, el que por su parte se estiraba a más no poder, como si quisiera echarse fuera de tal cara», y señala que su color, «que era una mezcla enfermiza del verdoso y del amarotado, extendía por sus mejillas como una sombra lúgubre».

Cuando dice que el del rey era un «rostro duro y poco a propósito para ganar simpatías, por lo que se acomodaba perfectamente al carácter», sugiere Galdós una relación directa entre su falta de armonía exterior e interior. En efecto, tampoco en su descripción moral sale Fernando VII bien parado. Si en *El Grande Oriente*

se nos informa de que «se distinguía de todos los malvados por un funesto sistema de abandonar cobardemente a cuantos le habían servido, y aun gozarse de un modo incalificable en la desgracia de ellos», por una referencia de *Los Cien Mil Hijos de San Luis* sabemos que «en todas las ocasiones de su vida, bajo las distintas máscaras que se quitaba y se ponía, aparecía siempre el sátiro».

Lascivo, depravado, cobarde, cruel, desleal, Fernando VII estaba en las antípodas de cualquier noción de belleza física o espiritual. Por eso llama la atención que en el retrato de Goya de 1814 se nos aparezca como alguien no desagradable a la vista, casi agraciado, con una media sonrisa que busca ganarse nuestra simpatía o nuestra confianza. Desde luego, el Fernando VII de Goya es bastante más guapo que el de José de Madrazo, cuyo retrato ecuestre con el uniforme de capitán general de los ejércitos fue durante décadas la única efigie pintada del monarca que se mostraba al público en el museo por él fundado.

Tenía el pintor aragonés la mejor de las razones para sacar favorecido al monarca: el miedo. Hablo del miedo a ser objeto de las represalias que en 1814 estaban ya sufriendo algunos de sus amigos ilustrados. Diez años después, fue también el miedo lo que lo llevó a exiliarse en Burdeos, donde residiría hasta su muerte en 1828. A esas alturas, España era un país hecho trizas, y al absolutismo le había salido un enemigo interior, los apostólicos, que consideraban a Fernando VII

demasiado liberal y aspiraban a sustituirlo por su hermano Carlos María Isidro, el niño que tan cariñosamente le abrazaba en el cuadro de Goya de 1800. La guerra de los Agraviados, más conocida como *dels Malcontents* porque se desarrolló principalmente en territorio catalán, no fue sino un anticipo de las guerras carlistas, que infestaron el siglo XIX de sangre y crucifijos hasta llegar a 1936, a la única de nuestras guerras civiles en la que el carlismo derrotó al liberalismo. En esos dos goyas de 1800 y 1814 está resumida buena parte de la historia contemporánea de España, que llega, como quien dice, hasta ayer mismo.

Sí, algunos de nuestros males seculares hunden sus raíces en los convulsos veinte años de reinado de Fernando VII, un rey que, como recuerda su biógrafo, Emilio La Parra, se caracterizaba por su capacidad para el disimulo, su desconfianza, su crueldad y su espíritu vengativo. A esos veinte años dedica Galdós esa segunda serie de sus *Episodios*, cuyo tema central es la división de España en dos mitades irreconciliables, una división que se prolongará en las series posteriores, dejando una larga estela de espanto y dolor. Como señala el novelista en *De Oñate a La Granja*, ese espanto y ese dolor serán aún mayores debido al contraste entre el extraordinario derroche de vidas humanas y la pequeñez de las personas (el propio rey Fernando VII y su hermano Carlos María Isidro) «en cuyo nombre moría o se dejaba matar ciegamente lo más florido de la nación».

Dos

Confieso mi predilección por *Memorias de un cortesano de 1815*, presunta autobiografía de Juan Bragas de Pipaón, el cínico por excelencia, el arribista profesional, el perfecto chaquetero, el hombre carente de escrúpulos que solo atiende a sus propios intereses. Cobista, retorcido, maniobrero, taimado, amoral, Pipaón practica siempre lo contrario de lo que predica y se ve a sí mismo como un «varón listo y honrado» cuyo ascenso en la corte se debe a «la sola virtud de sus merecimientos, sin sentar el pie en los tortuosos caminos de la intriga, ni halagar lisonjero las orejas de los grandes con la música de la adulación». Capaz de alcanzar los más altos honores habiendo empezado en «el más oscuro antro de las regias covachuelas», Pipaón no deja de medrar en ninguna de las diferentes etapas del reinado de Fernando VII, el «amado Fernando, apetecido con-

suelo de todas nuestras aflicciones, sí, hermoso y deseado iris en todas nuestras horribles borrascas».

Tiene Pipaón el don de saber cambiar de chaqueta en el momento oportuno. De chaqueta, o más bien de casaca: de ahí el título de la siguiente novela, *La segunda casaca*, continuación de esa autobiografía. Descrito como un individuo que, «sin dar privadamente excesiva importancia a las ideas políticas, lo mismo fraternizaba con el negro que con el blanco, siempre que ni el uno ni el otro le estorbasen en su prodigioso medro», el primer Pipaón, el de las *Memorias de un cortesano de 1815*, acierta a granjearse la protección de algunos de los políticos más influyentes del momento. Más tarde, cuando diversas maquinaciones le nieguen el asiento en el recién restablecido Consejo de Castilla que se cree con derecho a ocupar, cambiará de bando para ponerse al servicio de políticos aún más poderosos. Por mor de su propia supervivencia moderará después sus fervores por el absolutismo y, percibiendo que este está empezando a perder fuerza, en *La segunda casaca* no tendrá reparos en aproximarse al liberalismo...

Pero ese es solo el comienzo de su larga y sinuosa trayectoria. Presencia recurrente en los *Episodios* de la segunda serie, el Pipaón de *El terror de 1824* conseguirá que se le encomiende nada menos que la organización de los festejos para recibir al rey tras cambiar nuevamente de chaqueta y unirse a los absolutistas que han liquidado el Trienio Liberal. Y en *Los apostólicos*, convertido él mismo en apostólico, lo reencontraremos

trabajando como correveidile del cruel Francisco Tadeo Calomarde y tomando posiciones entre los que apoyan a Carlos María Isidro como sucesor de Fernando VII, cuya muerte se prevé inminente: «Ciego para todo menos para su loco apetito, no veía sino la cartera ministerial, el sueldazo, las obvenciones, las veneras, el título de nobleza y todo lo demás que del próximo triunfo de los apostólicos podía obtener».

Por supuesto, cuando las cosas cambien, también Pipaón cambiará. Sibilino, calculador, insincero, ventajista, leal solo a sí mismo, consagrado a la misión de extraer todo el jugo posible al vaivén de las circunstancias políticas, en *Un faccioso más... y algunos frailes menos* delatará a los participantes en diversas conjuras a favor de Carlos María Isidro y se alineará con los isabelinos hasta, según él, «derramar la última gota de su inútil sangre por la reinita de tres años». Lo último que sabremos de él será que, durante el reinado de la «reinita» Isabel, su ambición se verá premiada con el marquesado de Casa-Pipaón: *finis coronat opus*. Sí, eran tiempos cínicos.

El oscuro poder de los validos que conseguían ganarse la confianza del rey era para Galdós uno de los males que el país arrastraba desde tiempos inmemoriales. El término *camarilla* se había acuñado unos años antes, en la época de Godoy, y servía para designar un auténtico poder en la sombra, que nombraba y destituía libremente ministros y repartía caprichosamente cargos y prebendas. A lo largo de ese año 1815 formaron en

algún momento parte de esa camarilla personajes como el efímero ministro de Hacienda Juan Pérez Villamil, el secretario de Estado Pedro Ceballos o el secretario privado del monarca Antonio Ugarte, que conspiraban para ser los primeros en la estimación real y ganar por tanto más poder y más áreas de influencia mientras decían actuar por altruismo y lealtad al rey.

Ugarte, precisamente, es uno de los primeros protectores de Pipaón, quien al evocar la relevancia de su figura como político insiste, maléfico, en el escaso lustre de su «antiguo oficio de maestro danzante». Otro de los favoritos del rey es el duque de Alagón, al que Pipaón llama Paquito Córdoba y que en apenas cuatro años ha obtenido «grandeza de España, toisón de oro, grandes cruces y el mando de la guardia de la real persona». Lo mismo podría decirse de otros miembros destacados de la camarilla. En la corte de Fernando VII todos o casi todos eran advenedizos, trepas, arribistas, por lo que no podía sino sentirse en su salsa alguien que, como Pipaón, sabía cuántas «cortesías, mimos, genuflexiones y artimañas» costaba abrirse camino «en aquella inmensa Babel de los salones de la casa de ministerios».

Ricas en hilarantes diálogos que destilan un depurado cinismo, las *Memorias de un cortesano de 1815* contienen pasajes que podrían leerse como lejanos precedentes del caricaturesco *Ubú rey* de Alfred Jarry, escrito más de veinte años después. Por ejemplo, cuando Galdós nos muestra que los mandatarios en cuyas

manos está el destino de una nación tienen como principal motivo de preocupación la creación de nuevas condecoraciones con las que honrarse a sí mismos:

—Se ha despachado primero la creación de la Cruz de Valençay —dijo Eguía.

—La Cruz de los Persas nos ha dado también mucho que hacer —añadió Moyano.

—Y la Cruz del Escorial.

—Pero la de los señores inquisidores quedará despachada bien pronto, y podrán usar su distintivo diariamente, como los caballeros de Calatrava y Santiago, a fin de que sean conocidos del pueblo y respetados y considerados como merece ese alto instituto.

También tiene mucho de caricaturesca la argumentación con la que Pipaón defiende la «minita de oro» del duque de Alagón, una exclusiva del comercio de harinas en Cuba que, al tiempo que a él le procura inmensos beneficios, condena a la pobreza a los agricultores castellanos:

—¡Válgame Dios! ¿Por qué no se había de permitir al duque que se redondeara? Pues ¿qué?, ¿no es muy conveniente para la república que abunden en ella los hombres ricos? ¿Y por qué no había de serlo el duque, cuando con ello no perjudicaba más que a los tunantes labradores de toda Castilla, hombres ambiciosos, tan comidos de envidia como de miseria, y que todo lo querían para sí?

El talento de Galdós para la sátira más afilada brilla asimismo en las discusiones de los próceres acerca del reparto de los negociados, prebendas y canonjías que la depuración de los rivales políticos está dejando vacantes. Recordemos que, en la oleada represiva de 1814, centenares de constitucionalistas fueron condenados a penas de presidio o destierro y que, en la oleada siguiente, a partir de octubre de 1815, Fernando VII ordenaba directamente la ejecución para quienes conspiraban a favor del constitucionalismo.

Los miembros de la camarilla, atentos solo a colocar a sus protegidos y recelosos de otros que, como ellos, también pugnan por colocar a los suyos, se preguntan qué otros liberales van a caer, cuántos acabarán también en el hoyo, las mazmorras o el destierro, etcétera, dejando nuevas vacantes a su disposición. «Esa gente con nada se satisface. Creen que la nación se ha hecho para ellas. Ya se ve: como ellas parecen hechas para la nación...», se dice en un momento dado, para luego agregar: «Y que es preciso en la provisión de destinos dejar algo a los ministros, porque estos se quejan de la nulidad a que están reducidos y del tristísimo papel que hacen». Más adelante, cuando uno de los próceres se lamenta de no haber salido bien parado en uno de los repartos, otro le replicará enojado:

—¡Después que a cambio de las condenadas bandoleras, se ha llevado la mitad de los beneficios, de las prebendas, de las raciones, de las abadías, de las capellanías, de las

colecturías, de las examinadurías sinodales, de las definidurías de la Santa Iglesia! Y todavía pide más. ¿Qué es lo que pide la mona? Piñones mondados.

En esa tómbola del poder, al joven Pipaón le cae en suerte la dirección de la Real Caja de Amortización, que él mismo califica también de «minita», como los chollos cubanos del duque de Alagón. Acepta la lucrativa encomienda con gesto servil y falsa modestia, apelando a sus deseos de prestar el mejor servicio al monarca y feliz «de contribuir con mis cortas fuerzas a este concierto admirable, sin que en la humilde sumisión mía haya el menor asomo de interés...». Entretanto, gracias a su creciente influencia, aprovecha para montar lo que define como «una agencia de negocios», que, al precio de diez o veinte mil reales, mercadea con puestos en la administración. A esa agencia suya acuden «damas, oficiales, canónigos, marquesitos, ¿qué digo...?, ¡hasta un señor obispo me honró con su confianza!», lo que le proporciona enormes cantidades de dinero pero no le impide criticar a otros que, no muy lejos de él, hacen exactamente lo mismo: «No me nombren a mí esos ministros que no se ocupan más que de la provisión de destinos, de colocar parientes y despojar aldeas para rellenar secretarías».

En la cúpula de este gigantesco entramado de corrupción está Fernando VII, que reparte sus favores de forma errática y caprichosa, sin que nadie ejerza sobre él un ascendiente definitivo y constante: «Unos días pri-

vaba este, otros aquel, según las voluntades recónditas y jamás adivinadas de un monarca que debiera haberse llamado Disimulo I». Eso abona el terreno para los campeones de la adulación, como el propio Pipaón, según el cual el monarca recogía «las peticiones con tanta bondad que era imposible contener las lágrimas viéndole. A todos prometía villas y castillos, dirigía algunas preguntitas, hacía el obsequio de una sonrisa, cuando no de palabras, y daba a besar su real mano con una llaneza que no desmentía la dignidad. ¡Oh, qué inefable delicia ser español y súbdito de tal monarca!».

La novela, que una y otra vez recurre a la ironía para describir la podredumbre moral de los primeros seis años del reinado de Fernando VII, incorpora de forma inesperada un contrapunto serio cuando Gabriel Araceli, el protagonista de la primera serie de los *Episodios*, comparece para ofrecer su inapelable diagnóstico: «Cuanto puede denigrar a los hombres, la bajeza, la adulación, la falsedad, la doblez, la vil codicia, la envidia, la crueldad, todo lo acumuló aquel sexenio en su nefanda empolladura, que ni siquiera supo hacer el mal con talento». Según Araceli, la represión desatada a partir de 1814 no podía estar menos justificada, porque los doceañistas no habían puesto en marcha ninguna revolución ni perseguido la religión o a la nobleza: fue «una brutalidad semejante a los golpes del hado antiguo, sin lógica, sin sentido común». Y la responsabilidad histórica solo puede recaer en Fernando VII: si